



El odio a la democracia

Jacques Rancière. Ed. Amorrortu, 2006, Trad. Irene Agoff
Por Pelayo Perez

JACQUES RANCIÈRE

EL ODIOS A LA DEMOCRACIA



En algunos de los textos más celebrados de los autores contemporáneos más lúcidos, como Sloterdijk o Bernard Stiegler, se nos muestra a la sociedad actual como presa de un “materialismo vulgar” fruto del individualismo nihilista que tiene en la “democracia de mercado” su expresión política dominante y donde la Política queda subsumida bajo el reino de lo “contable”, aspecto que, por cierto, ya había constatado el marxismo, por un lado, y Nietzsche por el otro, rutas que nos traen, vía Heidegger, hasta Sloterdijk, y a través del marxismo hasta Alain Badiou o, tras la influencia de Deleuze y Derrida, a Stiegler.

La “globalización”, la homogeneidad que impone la tecnología como instrumento del Mercado, el “individuo” consumista y “satisfecho” sujeto de “todos” los derechos, judicializado y demandante, sustituye al ciudadano comprometido y al reino de la Política, como uno de los “acontecimientos” de la Verdad, según los precisos análisis ontogenológicos del platónico y materialista Badiou, que ha publicado en esta misma colección *Nómadas*, de la editorial Amorrortu, un luminoso opúsculo al respecto.

Jacques Rancière pertenece, en cierto modo, a estas líneas del pensamiento político y filosófico actual. Profesor de Filosofía Política en la Universidad de París, crítico de arte y escritor, nos muestra aquí no solo su lucidez y maleabilidad, sino la fortaleza de quien se enfrenta al laberinto nihilista en el cual nos movemos.

El recorrido histórico-filológico, desde Platon y Aristóteles a la Revolución francesa, la escuela republicana, la oposición de la dictadura del proletariado y su



pretensión de “democracia real”, hasta el imperio de la “democracia de mercado”, donde el individualismo y los derechos egoístas son aparentemente los núcleos dominantes, son algunos de los recorridos por medio de los cuales Rancière nos va mostrando como quienes “todavía ayer defendían la democracia”, hoy la perciben como una odiosa atmósfera generada por las oligarquías de las clases dominantes, que no dudan en imponer esta forma de gobierno, por otra parte, en todos los países donde el capital debe extenderse y anclar “sus naves”. Democracia unida al impero del mercado, como “forma espiritual e ideológica” que enmascara, pero que también organiza, los deseos de las masas y de las clases perdurables.

Lúcido, desencantado pero no nihilista, Rancière desenmascara a quienes han perdido la fe porque nunca la han tenido, y a quienes el problema, sin duda real y acuciante, de la idea subversiva de la democracia, les causa hoy en día una molesta fobia, puesto que hoy “ el gobierno del pueblo” no es ya un anacronismo del que formaron parte, sino una insidiosa e incómoda realidad que, pese a todo, se ha instalado en los mecanismos formales del gobierno, mecanismos que mantienen una tensión entre el afán ilimitado de la riqueza y la limitación que los procedimientos democráticos de los gobiernos y de la sociedad instauran y renuevan.

Son muy interesantes, en este sentido, los análisis medulares acerca de la “escuela republicana”, que en cierto modo, desnaturalizadamente sin duda, se reproducen entre nosotros- como ahora mismo con la problemática y polémica asignatura “educación para la ciudadanía”-, y donde las figuras emblemáticas de Jules Ferry y de Alfred Fouillée han dejado una impronta que, pese al siglo transcurrido desde sus críticas y propuestas controvertidas, siguen teniendo incidencia el vecino país, pero no sin interés en el resto de Estados laicos y democráticos, aunque en nuestro caso no solo la catolicidad sino la monarquía, y los modos de producción sin duda, determinan estas polémicas ineludibles por otra parte.

Estrictamente hablando, escribe Rancière en sus conclusiones, “¿ qué pretendemos decir al declarar que “vivimos en Democracia? Estrictamente entendida, la democracia no es una forma de Estado. Se sitúa en otro plano(.) por un lado, es el fundamento igualitario necesario – y necesariamente olvidado- del Estado oligárquico. Por el otro, es



la actividad pública que contraría la tendencia de todo Estado de acaparar la esfera común y despolitizarla. Todo Estado es oligárquico...”(Las razones de un odio, o.c., pgs.103 y ss.). Y es a partir de este último capítulo, de estas páginas, donde la erudición, la levedad profunda de su discurso, teje una red impecable e implacable que desnuda a los verdaderos “sujetos” de su acidez: los revenidos intelectuales surgidos de la experiencia de Mayo del 68. Estructuralistas, marxistas decepcionados, nuevos filósofos, nihilistas. El triunfo de Sarkozy con su soflama contra el mayo francés no serían sino la confirmación de las tesis de Rancière, quien, no hará falta decirlo, ni es un nostálgico ni un iluso que viviera a la espera de un mundo mejor, el que algunos, como en nuestra “transición”, elevan a los altares emblemáticos de la mitología política.

“ El discurso antidemocrático de los intelectuales de hoy corona el olvido consensual de la democracia para el que laboran la oligarquía estatal y la oligarquía económica”, (o.c.pag.131) y que convierte a la democracia en “un operador ideológico”, desfigurándola. Por último, destaquemos las palabras de Rancière acerca de la democracia como causa de odios y celos, pues “la Democracia es, ante todo, esa condición paradójica de la política, ese punto en el que toda legitimidad se confronta con su ausencia de legitimidad última, con la contingencia igualitaria que sostiene a la contingencia desigualitaria misma”, (o.c. pag.134). Frente a quienes amalgaman estas tensiones y tendencias, los ‘evangelistas’ demócratas norteamericanos, los ‘demócratas’ musulmanes, o los que viven en el odio a la democracia, defendiendo las oligarquías económicas o del saber, la legitimidad de la filiación o de clase, la democracia es un concepto a desgastar y vaciar por su mismo uso y abuso. Y frente a ellos, la democracia de las multitudes, de la inteligencia, la de quienes saben y quieren compartir su saber y su inteligencia y, al contrario que sus nuevos odiadores, encuentran en la democracia una fuente “coraje y, por tanto, de alegría”.

Así termina el ineludible ensayo de Jacques Rancière, y así nuestro comentario y reseña.